

EL GATO QUE MIRA A LA LUNA ENTRE UN RÍO Y UNA BALAUSTRADA

RAYUELA DE JULIO CORTÁZAR

Revista de Libros
de la Torre del Virrey
Número 2
2013/2
ISSN 2255-2022

SERGIO GARCÍA GUILLEM

RESUMEN: La reflexión que subyace en este pequeño ensayo parte, de un lado, a propósito del homenaje al cincuenta aniversario de la figura del escritor argentino Julio Cortázar, y por otra parte, de la terrible fuerza literaria y metafórica que reside en las páginas de su gran creación literaria, a saber, *Rayuela* (1963). Sólo el lenguaje de la poesía y la metáfora consiguen adentrarse entre las líneas –casi versos – de la novela cortazariana, y una reflexión *metaliteraria* queda igualmente patente entre sus páginas. El lector queda así invitado, tanto en el ensayo como en la propia obra, a jugar con las palabras, y a fin de cuentas, con la literatura con el simple objetivo de quedar hechizados por su lucidez.

ABSTRACT: The reflection which resides in this essay is due to, on the one hand, to the fifth anniversary of the Argentinian writer, Julio Cortázar, and, on the other hand, to the terrible strength of the pages from his novel *Rayuela* (1963). Only the language of the poetry and the metaphor manage to access within the pages –almost lines - of the novel, and also we can find a *metaliterary* reflection. The reader can play with the words of the novel and also with the literature because the only purpose is to rest spelled for his lucidity.

“Julio fui tan abajo.

Pero no hay fondo.

Julio, creo que no tolero más las perras palabras”

ALEJANDRA PIZARNIK, *Correspondencia con Julio Cortázar*

El cementerio de Montparnasse se oculta entre la niebla parisina, un paseo jamás había sido tan fúnebre y cargado de melancolía. La tumba de Cortázar respira un júbilo inexplicable y, a su vez, las palabras desvelan el carácter tétrico de su condición. Sentado, con *Rayuela* en una mano todavía novata, pienso que nunca estaría de menos rendir homenaje a célebres escritores, como en este caso lo fue Julio Cortázar (1914-1984), pero ante

Palabras clave:

Cortázar

Rayuela

lucidez

literatura

metáfora

búsqueda

existencia

Keywords:

Cortázar

Rayuela

lucidity

literature

metaphor

search

existence.



todo siempre agrada escribir sobre algo que todavía no se ha escrito. Y es que, siendo absolutamente claros, ¿calificaríamos alguno a *Rayuela* (1963) como una simple novela? La reina de las *no-novelas*, ante su constante y fluido renacer de las palabras, resurge de sus cenizas para que nosotros, fieles adeptos de esa sinfonía oscura y a la vez lúcida que resuena desde sus páginas, le rindamos un efímero, pero merecido homenaje. Me prohibí escribir sobre este torrente metafórico y simbólico que sale de la mano de un escritor situado siempre entre dos mundos, entre dos (o múltiples) realidades (“Yo sólo soy un pulso herido que ronda las cosas del otro lado”, como decía la voz del poeta español) y con una imaginación poética que caracterizó a toda una generación de escritores, poetas y filósofos, pero el sigiloso minino aullador de lunas y narcisista por naturaleza no dejó de presionarme. “Persona, antes de escritor”, como lo califica el fotógrafo y amigo del escritor, Antonio Gálvez, Cortázar era un hombre con una identidad escindida entre París y Buenos Aires, entre el Cielo y la Tierra, entre rayuelas y la bohemia del momento. Su cincuenta aniversario no hace más que ratificar su puesta en escena, sus más queridos personajes, desde Oliveira hasta la famosa Maga, su irrealidad, su creativa –y en ocasiones exasperante– forma de escribir, en definitiva, un *arte de escribir* innovador, metafórico y cargado de inteligencia del cual hoy me siento orgulloso de rendirle mi más sincero homenaje.

El antisistematismo de la novela impide empezar o partir desde ningún punto concreto, por lo que la riqueza de su análisis reside en la cantidad de metáforas que alberga, en un sentido del arte de escribir, hoy casi muerto, pero que el ingenio literario intenta resucitar desde un pasado casi olvidado. La primera impresión al abrir la novela es el sentimiento de verse sumergido en una ardua partida de ajedrez, donde cada peón cortazariano nos cuenta una historia diferente, donde la reina y el rey han caído en el olvido y cada ficha tiene un valor incalculable para la novela y para su escritor. ¿Dónde queda así la preferencia de Cortázar por un moribundo Oliveira

*“Abrir Rayuela es abrir
una infinidad de
puertas”*

o por una ingenua, pero a su vez profunda, Maga? Cada pieza de valor incalculable hace de la novela un entresijo de complejidades donde es el propio lector el buscador de sentidos, véase remarcado el plural en el asunto. Abrir *Rayuela* es abrir una infinidad de puertas, es otorgarle de golpe a la vida una riqueza literaria imprescindible y una extraña sensibilidad poética. “Si no hubiera escrito *Rayuela*, me hubiera tirado al Sena”, justificaba Cortázar. En ocasiones es posible desglosar cada párrafo en finos y audaces aforismos que conformarían, sin lugar a dudas, el credo más profundo de Cortázar. El escritor se encarga concienzudamente de “destruir la literatura escribiendo literatura”. Una vida llevada a la escritura, como la calificaba el propio escritor, una complejidad de experiencias vitales representadas a través de la infinidad de cada palabra. Y es que *Rayuela* está escrita en clave de jazz, un cúmulo de recuerdos y melodías que despiertan hasta al más profundo de los dormidos. Algunos conciben la novela como una Biblia secular fruto de una especie de “iglesia cortazariana”, pero en mi humilde opinión creo que la novela ofrece de todo menos cualquier clase de idea que no se muestre dispuesta a volatilizarse o adquirir una infinidad de sentidos distintos. La estética cortazariana es una cartografía de los múltiples sentidos que uno puede otorgarle a la existencia. Todo en la novela es ácido, desde su humor, pasando por su destartada metafísica, hasta llegar, entre los caminos del escepticismo, a las relaciones interpersonales entre seres humanos. Sus personajes son fragmentos de vida humana, de pasión, de tragedia, de sufrimiento y felicidad, son espejos rotos de la existencia en la búsqueda constante de sentido dentro del peor de los sin-sentidos. La búsqueda, dicen algunos, es el motor de la novela, pero la creación es sin duda una pieza fundamental...una creación literaria que busca escapar de lo literario. El tablero de direcciones que inicia el relato no es más que el tablero de las infinitas direcciones que nuestra vida puede tomar y *Rayuela* deviene, como comenta el editor de la edición castellana, “una interrogación hecha obra de arte” (*Rayuela*, p. 20).

“La búsqueda, dicen algunos, es el motor de la novela, pero la creación es sin duda una pieza fundamental...una creación literaria que busca escapar de lo literario”

Me resulta casi imposible seleccionar fragmentos destacables o citas originales, puesto que toda la novela quedaría citada. Pero resulta peculiar como ese inesperado gato que aparece de vez en cuando por los rincones de la narración puede llegar a resumir y caracterizar gran parte de la novela. Su felina sombra, inquieta y sigilosa, apoyada sobre una fría balaustrada contempla el cauce del río, agua que deviene, que se mueve, que viaja y recuerda, que olvida y mortifica, que narra historias olvidadas y rescata del peso de la historia las riquezas del pasado:

“[...] hay ríos metafísicos, ella los nada como esa golondrina está nadando en el aire, gritando alucinada en torno al campanario, dejándose caer para levantarse mejor con el impulso. Yo describo y defino y deseo esos ríos, ella los nada. Yo los busco, los encuentro, los miro desde el puente, ella los nada. Y no lo sabe, igualita a la golondrina. No necesita saber cómo yo, puede vivir en el desorden sin que ninguna conciencia de orden la retenga. Ese desorden que es su orden misterioso, esa bohemia del cuerpo y el alma que le abre de par en par las verdaderas puestas [...] Y con tanta ciencia una inútil ansia de tener lástima de algo, de que llueva aquí dentro, de que por fin empiece a llover, a oler a tierra, a cosas vivas, sí, por fin a cosas vivas.” (*Rayuela*, pp. 234-235).

El gato cortazariano pasea así por los callejones de la metrópoli, observa inquietamente a sus gentes, maúlla sin cesar porque el presente le hace daño. La estética y el mensaje cronopiano parecen silenciarse ante el vocífero contemporáneo, ante el olor artístico a muerte y sigue resultando triste que sólo la estela de su cincuenta aniversario recuerde al escritor y a su obra. “Las palabras son unas perras” como las calificaba su buena amiga y gran escritora, Alejandra Pizarnik, pero aun así son unas perras conquistadoras de almas, de ideas, de ambiciones y, sobre todo, de tragedias. La importancia del lector es así extremadamente importante en este torrente narrativo. El arte de escribir cortazariano recuerda de este modo la infinitud de sentidos, el papel de la imaginación y la creatividad. Negar la cotidianidad parece así como uno de esos *leitmotiv* esenciales de la novela, y el humor que

“Ese inesperado gato que aparece de vez en cuando por los rincones de la narración puede llegar a resumir y caracterizar gran parte de la novela”

acompaña a esta negativa está compuesto de ese ácido tan corrosivo y característico de la denominada posmodernidad. Esta “contranovela”, como Cortázar gustaba de considerarla, juega con los espejos terribles de sus personajes, con las múltiples facetas con las que éstos acaban presentándose al lector. *Rayuela* resulta así un grito entre silencios, representa así la soledad de ciertos moribundos que deambulan por las corrientes de la existencia, intentando encontrar así un posible camino entre la Tierra y el Cielo. Es así como la novela, la existencia, deviene una rayuela donde cada tiro y cada salto son un himno a la literatura. La metafísica entra en conflicto con la praxis, no para superponerla, sino para ponerla en duda. Cortázar guardaba preocupaciones por la política, y atravesando así las perspectivas teóricas, se lanzaba con el mismo ímpetu ante las injusticias socio-políticas de su tiempo. Y ambas cuestiones luchan contra ese laberinto que resulta el absurdo de la existencia. Camus no estaba tan lejos de Cortázar. La lectura en Cortázar deviene de este modo el proceso de su propia escritura, el arte de escribir y el arte de leer no se separan de su desgastada pluma, el lector ya no es títere de las páginas. *Rayuela* es así creación, mentira, testimonio, libertad, literatura (sin literatura), autobiografía...un hermoso y terrible *kibbutz* a fin de cuentas.

La eternidad de *Rayuela* me abruma, me aparece remotamente inalcanzable. Sentado en el borde de su tumba contemplo las dos caras de su infinitud, la Tierra que acoge las lágrimas del que cae en el olvido, y el Cielo que recoge las efímeras palabras de aquel que continua leyendo en un paraíso perdido. Un libro cumple así su función, a saber, mantener abiertas las heridas más profundas de nuestro ser. Porque un libro que no abra heridas, y recuerde al ser humano el cómo le pesa su condición, no merece ser recordado. Cerrando el libro y saliendo del cementerio parisino las nubes comienzan a disiparse y un casi invisible rayo solar comienza a entrecruzar entre su embotamiento, mientras que el oscuro felino me acompaña hasta la salida. «En fin, literatura». (All) *the rest is silence*... Gracias, Julio.

“Rayuela resulta así un grito entre silencios, representa así la soledad de ciertos moribundos que deambulan por las corrientes de la existencia, intentando encontrar así un posible camino entre la Tierra y el Cielo”